



Teresa Huneetus, historiadora
y gestora cultural

Maldito fútbol

No es que odie el fútbol; por el contrario, como deporte me parece una disciplina entretenida, fácil de aprender y económica de implementar. Su práctica se expandió rápidamente, y en el caso de Puerto Montt, fue introducido por trabajadores ferroviarios y el sacerdote jesuita José Nicolai, quien organizó los primeros partidos en los patios del Colegio San Francisco Javier a comienzos del siglo XX.

La facilidad y rapidez con la que se desarrolló lo hacen un deporte de escala mundial. No existe actualmente nada que se le pueda comparar. Esta masividad tiene dos perspectivas, ya que, por un lado, constituye un lenguaje universal, cuyos campeonatos permiten unir, bajo un mismo símbolo, una pelota y un arco, diferentes naciones y culturas. Todos los países y ciudades,

“A nivel mundial (...) es reprochable que los principales financistas sean casas de apuestas online”

con el paso de los años, han fundado su propio equipo, el cual es fruto de la identidad local.

Pocas pasiones se parecen a las del fútbol, en las que participa un grupo humano que se cohesionan para alentar a su equipo. Las penas y alegrías de las derrotas y victorias marcan la cotidia-

neidad y son, sin duda, una fiesta en la que todos pueden participar.

Para adherir a un equipo sólo se necesita sumar voluntades, elección en la que hay mucho romanticismo. En numerosas familias, su pertenencia es como el apellido, se hereda y es motivo de orgullo. Y no importa tanto el resultado, las victorias después de las derrotas siempre hacen que la marraqueta del día siguiente sea algo más crujiente. Lo importante es alentar a los jugadores y acompañar al club en sus alegrías y pesares, pues son espectáculos familiares en los que la fidelidad sí importa.

Pero desgraciadamente, estas virtudes se ven opacadas por la mañosa administración de los clubes deportivos y de la organización mundial que los rige, los cuales buscan resultados económicos antes que el bienestar común. A escala mundial y con devastadoras consecuencias nacionales, es reprochable que los principales financistas sean casas de apuestas online, empresas que se benefician de la ansiedad, ilusión y dependencia de los hinchas.

La lógica del consumo convierte los partidos en espectáculos donde el negocio no logra equilibrar los valores deportivos con una necesidad de lucro que puede ser infinita. Ese es, finalmente, el verdadero maldito fútbol: no el que se juega en la cancha, sino el que se administra sólo desde el negocio y se aleja de la comunidad que le dio sentido.